

La esencia del hombre en la antropología de Santo Tomás de Aquino *

Santo Tomás moría el día 7 de marzo de 1274. Estamos, pues, en el año conmemorativo del séptimo Centenario de su muerte. Una buena ocasión para recordar algunos de los rasgos más sobresalientes sobre su concepción del hombre en esta XI Semana Española de Filosofía.

I.—ANTECEDENTES HISTORICOS

Fundamentalmente, la imagen que Santo Tomás profesó del hombre, es la que nos ha legado el cristianismo, estructurada por San Pablo, enriquecida por San Agustín con los aportes platónicos y neoplatónicos de las Escuelas alejandrinas. El Doctor Angélico, además de sus personales reflexiones, tendrá también en cuenta las especulaciones de Aristóteles y los Filósofos Arabes, particularmente las de Avicena.

1. EL HOMBRE CRISTIANO

El primero de los grandes datos de la Biblia es el acontecimiento de la *creación*. Todo es obra de Dios. De una manera especial, el hombre, que, además es su *imagen y semejanza*. El ser humano es el Rey y Señor de todo el universo creado, que debe de supeditarse a él, lo mismo que él tiene que someterse a Dios. El hombre, creado impassible y amigo de Dios, por el pecado perdió sus privilegios y quedó sometido a la angustia y a los cuidados de su vida, en una esperanza de futura, problemática y quizá lejana *salvación*, pasando por la *muerte*.

Para San Pablo, además, a través de la *Huñmanidad de Cristo* —prototipo del hombre nuevo— el ser humano está unido con Dios y salvado por

* Comunicación presentada en la XI Semana Española de Filosofía, celebrada en Madrid del 8 al 12 de enero de 1974.

El. Ya no es *siervo*, sino *hijo* de Dios. Dios es centro del universo entero, que en el hombre y a través de él, adquiere conciencia de la *gran llamada* a manifestar su grandeza, su poder y su gloria. Cada alma humana tiene un valor infinito, pero también una responsabilidad personal. Debe sobreponerse a la *ley del pecado*, que es la ley de la carne, en la seguridad de que así salvará también su *propio cuerpo*, llamado él mismo a la resurrección y al gozo eternos, ya que el cuerpo no es algo ajeno al hombre. Y todo ello por medio de Jesucristo, el Señor, que al mismo tiempo que Dios es también en toda verdad hombre, en todo semejante a nosotros, menos en el pecado. El hombre cristiano será *otro Cristo*.

2. EL HOMBRE EN SAN AGUSTIN

Las controversias cristológicas preparan el camino a la imagen agustiniana del hombre. Imagen que es una síntesis ante todo de la filosofía platónica y de las nuevas ideas cristianas.

La visión agustiniana del mundo es *teocéntrica*. Todo depende de Dios. Un Dios que es Salvador del hombre y en él del mundo, puesto que el hombre es la cúspide más alta del mismo mundo: «Dios, siempre el mismo, conózcate a tí, conózcame a mí. He aquí mi plegaria».

El hombre es un gran misterio y, para conocerlo, no hay más que un camino, el de la *interioridad*, o, como diríamos hoy, el de la *subjetividad*: «Nadie sabe lo que es el hombre sino es el espíritu del hombre que está en él mismo». «En el interior del hombre habita la verdad».

«¿Qué soy yo, Dios mío, qué naturaleza soy?». Esta es la gran pregunta de Agustín. Y, a primera vista parece que esta es la respuesta: el hombre es su alma. «El hombre, según aparece al hombre, es un alma racional, que usa de un cuerpo mortal y terreno». El cuerpo ni siquiera siente; es el alma la que siente mediante él. Dios y el alma: «Deum et animam scire cupio... Nihil amplius».

Que Platón influya en esta concepción agustiniana es algo que salta a la vista. Pero querer colocar a San Agustín en la vanguardia de los enemigos del cuerpo, de la carne, de la materia, como un neoplatónico más, parece una conclusión demasiado facilona y que quizás suene bien en nuestros días, en los que tanto se exalta el cuerpo y los valores corporales. Bien claro lo dice el Santo de Hipona: «Son tres las partes del hombre: espíritu, alma y cuerpo». Naturalmente, «lo principal en nosotros es el espíritu». De él son también estas definiciones: «El hombre es un animal racional mortal». «El cuerpo y el alma constituyen el hombre entero».

Profundizando en la metafísica del hombre, San Agustín llega a su *radical contingencia*, como anclado que está en una encrucijada entre *el ser y la nada*: El hombre es «algo-nada», «prope nihil», «non omnino nihil», «abundantia-laboriosa», «copiosa-egestas». «Encontré que yo estaba lejos de Ti, en la región de la desemejanza».

Sin embargo, esta lejanía no impide que el hombre esté orientado a Dios, en cuanto irresistiblemente volcado sobre la felicidad: «Pues apetecer la vida feliz, querer la vida dichosa, anhelar la vida bienaventurada, desearla, buscarla, pienso que es algo de todos los hombres». «Nos hiciste, Señor,

para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti». «Oh Verdad, Verdad; qué íntimamente desde la médula de mi alma suspiraba por Ti».

Existe, no obstante, un peligro; el de quedarse en las criaturas: «Me arrebatava hacia Vos vuestra hermosura, y luego mi peso me arrancaba de Vos y caía sobre las cosas con gemido». Y todo por culpa del cuerpo, que sigue siendo un gran enemigo a causa del pecado. Por eso la vida humana será siempre la de ese *ser intermedio*, siempre en lucha, pues es naturaleza caída, pecador, a quien Dios tiende una mano y le otorga su perdón y su gracia. El camino seguro para evadirse de esa naturaleza caída, para trascenderla y trascenderse, es el *amor*, ley suprema del hombre: «Ama y haz lo que quieras».

II.—LA CONCEPCION DEL HOMBRE EN SANTO TOMAS

Santo Tomás empieza con la afirmación de la realidad existencial de un cosmos, en el que el hombre ocupa un lugar especial y determinado, pero dentro del mismo cosmos, formando parte del mismo. El hombre es por eso mismo, igual que cualquier otro ser de ese cosmos, un *ser natural finito*. Un ser, sin embargo, que está como en el *vértice*, *coronando* y, en cierto modo, *dando sentido* a todos los demás seres de la naturaleza. Porque, precisamente en el hombre y desde el hombre, el mundo se abre a una nueva dimensión, que le conexas con el *Ser Supremo*, *Ser Sumo* y *Ser Subsistente*, del que todo ha traído su origen y ha recibido su ser. Ese Ser Subsistente es también *transcendente* al mundo y existe fuera del cosmos y no puede ser tratado como una parte del cosmos, por muy alta y noble que se la concibiera. Por otra parte, Dios —que así se llama ese Ser Subsistente—, que es *principio* del mundo y del hombre, es también su *último fin*.

En esta concepción el hombre ocupa un puesto absolutamente *privilegiado*. No es un ser *perdido*, *arrojado*, *derelicto* en el mundo o entre los demás seres naturales. En el universo hay una *jerarquía* entre los seres. Cada ente de un grado superior contiene en sí mismo de alguna manera las perfecciones de los seres inferiores y así prepara su relación con el que le sigue hacia arriba. Y entre las cosas del universo visible, el hombre es el ser más importante, el más noble en la jerarquía de los seres. Por ello contiene en sí mismo la perfección de los seres inferiores, los cuales se ordenan a él como a su fin inmediato, mientras que él, y en él y por él todas las demás cosas, se ordena a Dios. Más todavía; la ofrenda que las cosas hacen al hombre no es sólo para que las *domine* y las *use*, sino para que les de *sentido* e *interprete* su mensaje. Una nueva dimensión se abre por este capítulo: las cosas no son *opacas*, *cerradas*, sino *transparentes* y *abiertas* para el hombre. En una palabra, son *cognoscibles*, son *inteligibles*; hasta el punto que la gran aspiración del hombre que es la *filosofía*, va a consistir en que en el espíritu humano «se describa el orden de todas las cosas». Orden que el hombre tiene conciencia de no haber contruído y

puesto en ellas, sino que encuentra ya establecido en las cosas. Al descubrirlo, está en condiciones de descubrir también a Quién ha construido y puesto ese orden, está en condiciones de afirmar a Dios.

A pesar de esta posición privilegiada en el mundo, el hombre es *uno más* entre los seres que lo forman. Por consiguiente, es, él también, un ser *finito y creado*. Por finito, tiene con los otros entes una relación *comunitaria* en el ser; *es-con* los demás. Por creado, posee *estructuras*, que lo revelan como *compuesto*, es decir, como *imperfecto*. Su estructura radical es la real composición de *acto y potencia* en el orden del ser: el hombre existe, pero su ser no es idéntico a su esencia, revelándonos así su *indigencia constitutiva* y su *contingencia radical*. Ante esta estructura fundamental caen por su base todos los intentos de *divinización* del hombre, afirmándolo en su más auténtica y radical originalidad: el hombre es un ser *efectuado*, un ser creado.

Aún va más allá la concepción tomista de la realidad humana. El hombre no sólo posee la estructura de esencia y de ser o existencia; es también compuesto de *materia* y de *forma* en el orden de su esencia. Materia y forma, que se llaman *cuerpo* y *alma*. Santo Tomás recuerda ahora esta doctrina fundamental de Aristóteles y la introduce dentro de la misma esencia del hombre. En su realidad entitativa el hombre es compuesto de esencia y de existencia. Pero su esencia no es simple, como lo es, por ejemplo, la esencia de los ángeles, o sustancias separadas, sino que es compuesta de materia y de forma, de cuerpo y de alma. Una composición, que no le quita la *unidad sustancial*, y que, por lo mismo, no le hace un ser dual, híbrido y por ello, *absurdo* o contradictorio. Ciertamente, es el alma, la forma, lo que le da el ser hombre; pero ella sola no es el hombre. El hombre es el compuesto sustancial de alma y cuerpo.

De aquí se sigue que todos los actos que el hombre realiza son actos suyos en su integridad *esencial* y en su integridad *entitativa*. Así, ni el cuerpo es quien propiamente conoce por los sentidos, ni el alma quien propiamente entiende por la inteligencia. Es el hombre quien siente por los sentidos y quien entiende por el entendimiento. Es justamente el conocimiento la actividad que con mayor energía acusa la esencial composición del ser humano, su radical tensión de materia y espíritu en consorcio entrañable para su realización. El alma es una *forma encarnada*, que existe *con-un-cuerpo* en perfecta identidad de existencia.

La *finitud* del hombre, que se revela en su estructural composición de esencia y de existencia, explica también el hecho, fenomenológicamente constatable, de que el hombre se nos da en perfecta *singularidad* y *clausura* sobre sí mismo, y, al mismo tiempo, como *abertura* a los demás seres que le *limitan* y *coexisten* con él.

Si, además, constatamos también que la *singularidad* humana es de una naturaleza totalmente especial en relación con los demás seres del universo visible, y afirmamos que es *naturaleza racional* o *espiritual*, tenemos entonces que el hombre no es sólo un ser más entre los seres, sino que, además es una *persona*, vale decir, «lo más perfecto y noble en el género de la sustancia».

Surgen así nuevos órdenes de relaciones: el que ella misma puede establecer en su *propio acto de conocimiento*, resultado de la contemplación del orden de las cosas; el que puede imponer a sus *operaciones exteriores*; el que puede establecer en los *actos de su voluntad*. La vida de la persona se despliega así en una infinita gama de posibilidades que constituyen un mundo total e inalienablemente suyo: la ciencia, el arte, la cultura, la moralidad, la sociedad, la política... para terminar en la religión, en la cual la persona encuentra su *último fundamento* en su *esencial religación al Ser Fundamentante*, a Dios.

Finalmente, Santo Tomás encuentra una nueva estructura en el ser del hombre, que, aunque le sea común con los demás seres creados, en él adquiere una importancia decisiva y única: la estructura de *sustancia* y de *accidentes*. Para ser, el hombre necesita *estar-siendo*, estar *haciéndose*. También para Santo Tomás, la existencia y la vida del hombre es un *quehacer*. *Sustancialmente*, el hombre es hombre *de una vez*, y no podrá aumentar ni disminuir su *ser sustantivo* de hombre. En este sentido sustantivo, un hombre no es más hombre que otro hombre. La naturaleza humana es invariable y siempre idéntica. Lo mismo en el hombre primitivo que en el hombre moderno, igual en el niño que en el adulto, lo mismo en el sano que en el enfermo, en el santo que en el pecador, en el cristiano que en el pagano, en el hereje o cismático. El hombre es siempre *el mismo*. Pero esto no es más que el *fundamento*, el *principio*, la *naturaleza*. Falta la *perfección*. Porque no está hecho de una vez, sino que necesita estar haciéndose para ser, el hombre, que es siempre el mismo, nunca es *lo mismo*, según le gusta repetir a Zubiri. Para conseguir la perfección y alcanzar sus posibilidades incalculables de ser, el hombre está dotado de *facultades* o *potencias*, con las cuales va llenando los inmensos vacíos de su ser provocados por la inadecuación radical de su esencia a su existencia. Es el gran mecanismo de la *dinámica* operativa o existencial, que, fundamentalmente, se realiza por el *conocimiento* y el *apetito*, en sus dos grandes vertientes *sensitiva* e *intelectiva*.

La concepción tomista del hombre sobresaie por su equilibrio y ecuanimidad. Ni *sustancialismo* ni *accidentalismo*. El hombre no es un ser hecho de una vez; pero tampoco es *pura creatividad*, *pura espontaneidad* y *libertad sin fronteras*; el hombre no es un mero suceder y fuga de actos, sin una constante y permanente realidad humana. No es puro acontecer, mera temporalidad; no es simplemente *historia*; como tampoco puede decirse que sea mera esencia, pura naturaleza. El hombre es *naturaleza* e *historia*, esencia y existencia y jamás podrá abdicar, sin hacerse culpable de suicidio, de su prerrogativa de *persona*, de ser «sustancia individual de naturaleza racional». En él el ser verdaderamente es. Y en el hombre, como persona, nos encontramos con «la verdad del ser», con «la conciencia del ser». También Santo Tomás sabe que *"existir"* es sólo realidad humana, ya que sólo el hombre es tensión, proyecto; sólo él se hace, sólo él se realiza, mientras que todas las demás cosas están hechas de una vez y siempre son de la misma e invariable manera. Las cosas son sólo esencia, naturaleza; el hombre es también existencia, historia, libertad. Precisamente por ello, el hombre, la persona humana se siente y se vive como autonomía y libertad, como individual se-

ñorio de sí misma, como aceptación plena y responsable de su propio destino libremente elegido, como totalidad e incomunicabilidad individual, como ser completo y subsistente espiritual, centro y principio de sus acciones y pasiones. Como realidad suprema y vértice máximo en el orden de la sustancialidad, la persona nunca puede ser *medio*, ni *objeto* para ninguna otra cosa. Es siempre *finalidad* y *sujeto* independiente. Sólo el hombre, entre todos los otros seres del universo visible, es autoconciencia y autoposesión, libertad y autogobierno. Pero, al mismo tiempo que esta individualidad, que clausura y encierra a la persona humana en su irrepetible mismidad y la separa y aísla de todo lo demás, la persona es también *abertura* y *vocación*, es *destino* y *llamada* a la *convivencia* y a la *comunidad*. La persona es un ser *dialogal*.

Santo Tomás va todavía más lejos en la dignificación del hombre y de la persona humana. Como el ser es el fundamento y el principio de todo, porque es «la perfección de todas las perfecciones y el acto de todos los actos», porque es «lo más íntimo que hay en cada cosa», así también el ser de la persona es el fundamento de todo lo que hay en ella y la perfección de todas sus perfecciones y la actualidad de todas sus características. El ser de la persona invade y dignifica toda su actividad y da sentido a toda su vida y a todo su quehacer. El sello de lo personal es lo que avala y da sentido a toda su existencia.

Por ello, la persona es el fundamento de la propia *personalidad*, que es el conjunto de actos que cada uno realiza según las exigencias propias de su ser personal, que consiste en la *plena posesión* de sí mismo, en la *conciencia* de su propio valor y dignidad, en la *libre disposición* de sus cualidades, en la *dirección* y *proyecto* de su vida. La persona es una personalidad en potencia; la personalidad es una persona en acto.

De aquí que la persona sea también el fundamento de la vida social, sea en la *sociedad familiar*, como en la *sociedad civil*. Por el conocimiento y por el amor la persona se abre a los demás, se encuentra con las otras personas, con los otros Yo; y en el diálogo, el otro se convierte en Tú y aparece el Nosotros de la vida social. La sociedad en esta concepción personalista del tomismo es siempre para la persona, que siempre quedará como su principio, su fin y su norma. Porque el bien de los distintos Yo, el bien del Nosotros, de la persona en sociedad es el *Bien Común*, en el que todos deben de colaborar para la propia perfección personal.

Fundamento de todo lo que en ella hay o ella hace, la persona es también el *fin*. Fundamento y fin de la *actividad económica*; fundamento y fin del *orden moral, jurídico y político*; fundamento y fin de la *pedagogía*, de la *cultura* y de la *filosofía*. La persona es el fundamento y fin de los *valores*, que ella misma crea y produce en el orden *artístico, científico, técnico y artesano*.

Pero la persona humana, que es la cumbre del ser en el orden del universo, no es la cumbre del ser en su totalidad absoluta. Santo Tomás nunca diviniza ni absolutiza a la persona humana, jamás olvida que el hombre es y será siempre un *ser finito, una realidad creada*, dependiente y limitada. De aquí que en el final, respondiendo al principio, el Doctor Angélico se

encuentra con Dios, *fin último* de toda la creación y último y definitivo destino del hombre. Dios, cuya semejanza ha de ir copiando y realizando el hombre mientras, peregrino, va enriqueciendo su ser. Dios, que, al fin, será su bien y su felicidad *en esperanza* de su largo y pesado caminar. La *espiritualidad*, atributo esencial del alma, garantiza la *inmortalidad personal*, como una pervivencia de *eternidad*.

Santo Tomás lamenta vivamente el hecho tremendamente misterioso y negativo de que la *libertad*, la más excelsa prerrogativa de la persona, esté en el hombre atravesada de imperfección y defectibilidad y se pueda realizar en orden al bien o en orden al mal y al *pecado*. Pero, aún entonces, el Doctor Angélico no lo ve todo perdido. El hombre, capaz de pecar, tiene también la posibilidad de *arrepentirse*, volver sobre sus pasos extraviados o equivocados y emprender el camino de su *conversión*.

Si, además, contamos con el auxilio extraordinario de Dios, que nos llega por su gracia a través de la *Redención* operada por la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, las perspectivas que se abren al hombre *creyente* son de otro orden, totalmente nuevo y gratuito, a cuyos atrios la filosofía y la razón humana natural no pueden ni siquiera asomarse, porque tampoco conocen ni pueden conocer su existencia. Estamos en el orden de la fe y de la gracia... Estamos en el orden sobrenatural. Por él caminará la teología de la fe, de la que la filosofía sólo puede ser servidora y auxiliar, pero de la que, a su vez, recibirá ayudas y ventajas inmensas e inestimables en su campo específico de operación. Porque «la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona». Y la fe no sólo no es enemiga de la razón, sino que la descubre horizontes totalmente nuevos dentro aún de su misma área de investigación. Y ello siempre en armonía perfecta y subordinación obsequiosa de la razón a la fe; nunca en oposición y lucha y, mucho menos, en abierta contradicción.

De este modo, la persona humana, principio y fundamento de toda su actividad, fin en sí misma, dueña y señora de su obrar, administradora de su libertad, realidad suprema en el orden del ser sustancial, está abierta desde su misma raíz y fundamento hacia Dios, como su primer principio y su último fin. Su mayor dignidad ya no será la de ser «imagen y semejanza» de Dios, sino la de «llamarse y ser en realidad hijo de Dios».

ALEJANDRO DEL CURA, O.P.